

EL CHICO DE LOS OJOS TRISTES

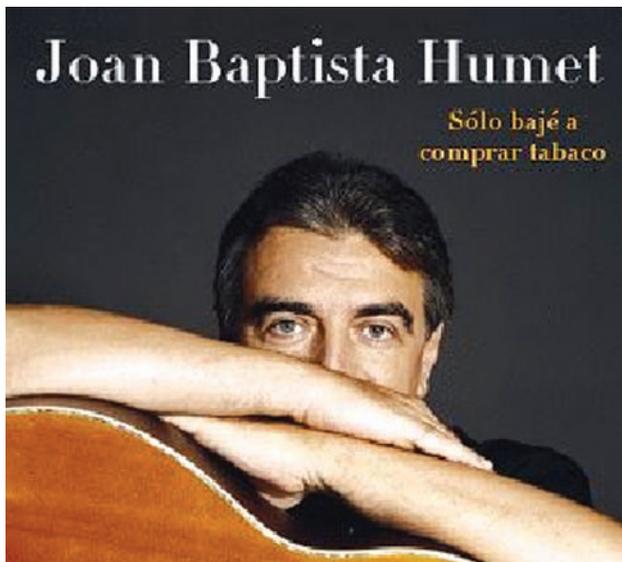
Tuve una medio novia del Batán que, cuando escuchábamos sus discos, siempre decía con cierto pesar: Canta muy bien, las letras son preciosas, pero tiene unos ojos tan tristes... Sus detractores le acusaban -a él y a sus canciones- de melancólico y afligido, pero si uno reparaba en aquellas letras siempre latían bajo sus arpegios la esperanza y el optimismo, la necesidad de fabricar una sociedad más auténtica fundiendo lo mejor de nuestro pasado con lo menos nocivo del progreso. Recordando una canción como Hay que vivir resulta muy difícil poderles dar la razón a alguno de esos detractores.

Joan Baptista Humet nació en el valenciano pueblo de Navarrés, pero con apenas quince años emigró con su familia a Tarrasa, cuna del textil catalán, lo que le da la oportunidad de contactar con lo mejor de la emergente Nova Cançó catalana, ya que debuta en los escenarios junto a Joan Manuel Serrat y hará de telonero de un también jovencísimo Lluís Llach. Sus primeros discos son singles que graba en catalán, y entre ellos destaca Gemma, dedicada a su hermana pequeña, una niña aquejada de poliomielitis que consumía sus días cautiva de una silla de ruedas. Muestra sublime de poesía honda la de esta canción, cuando Humet compara a su infortunada hermana con las flores de un jardín: son hermosas pese a que no sepan caminar, dice su letra.

Tras un primer disco de larga duración en catalán, el celebrado Fulls -Hojas-, publica su primer trabajo en castellano, Diálogos, del que destacan el éxito Que no soy yo, y Layetana abajo, imprescindible tema de la transición y homenaje a todos los que, luchando por la libertad en tiempos de dictadura, dieron con sus huesos en los sótanos de la siniestra comisaría barcelonesa de la Vía Layetana. Repite tres años después con un nuevo álbum en castellano, Aires de cemento, que revela a un consolidado cantautor urbano y le catapulta al número uno de todas las listas con una preciosa pieza llamada Terciopelo.

Tras un nuevo vinilo en catalán, Fins que el silencio, comienza la penúltima etapa de su carrera, tal vez la más exitosa. La componen tres trabajos en

castellano que graba con la poderosa multinacional RCA. El primero de ellos, seguramente el más popular, es Hay que vivir, donde amén de la canción que le da título, está Clara, su más celebrado éxito, que nos hablaba de aquella joven que quería descubrir mundos donde nunca llueve y se encontró un camino de ansiedades y ambrosías, un tema que todo el mundo seguramente ha silbado más de una vez mientras se duchaba.



El siguiente es Amor de aficionado, con una decena de magníficos temas, entre ellos A mi adolescencia y Otoño en Navarrés, homenaje a su pueblo natal. Y el último, Sólo soy un ser humano, tal vez el más flojo de la terna, aunque también el más irónico.

Cansado de no encontrar su sitio en el negocio del disco, Humet se retira del espectáculo en 1985, entrando a formar parte de la Sociedad General de Autores como Consejero. Como los buenos toreros, veinte años después reaparece con un disco cocinado y producido en exclusiva por él mismo, con un título mordaz: Sólo bajé a comprar tabaco. Disco éste magnífico y, por desgracia, el peor conocido de una discografía tan breve como intensa. Hace unas pocas semanas nos dejó cuando estaba a punto de cumplir los cincuenta y nueve años por culpa de un cáncer de estómago que lo había minado los últimos dieciocho meses. Puede que resulte un tópico decir que nos quedan sus canciones y sus letras, pero también la frase de uno de sus amigos, Víctor Manuel, cuando supo la noticia: la muerte es una mierda. De ese absurdo nos queda una de las más bellas piezas de Humet, Vaya con la vida, que decía algo así como Vaya con la muerte / cómo le divierte / jugar por jugar / y de paso quebrar / el envejecimiento / de los hombres del mar / y los de tierra adentro.

Carlos del Pozo